

LOS JOVENES Y LA TELEVISION

N. de la R.- El siguiente artículo nos ha parecido de máximo interés para nuestro público. Señala las mismas características alarmantes que venían observando nuestros educadores entre sus alumnos, después del advenimiento de la televisión. Diríase redactado con datos de nuestro ambiente, salvo ligerísimos matices. Por eso la orientación práctica que él determina nos parece de absoluta actualidad para nuestro medio.

Uno de los arduos problemas que deben resolver los padres y educadores de hoy es el papel de la televisión en la vida del muchacho. La imagen televisada ha invadido el hogar con una rapidez tal que ha sorprendido desprevénidos a los adultos. Después de convencerse de que el progreso de esta nueva forma de expresión les llevaba la delantera, quizás no han recuperado perfectamente el equilibrio ante el choc provocado en su existencia por la pantalla de la televisión. ¿Cómo extrañarse de que no hayan encontrado todavía la fórmula para adaptarla a la educación de sus hijos, de acuerdo con una línea de conducta definida, y según principios reflexivos?

Para el 31 de julio de 1955 había en el Canadá 1.100.000 de aparatos. Un año más tarde, entre un total de 3.912.000 de hogares, 1.850.000 de ellos habían logrado procurarse el objeto de sus sueños... Es un record excepcional. Sin que nadie se haya dado cuenta de ello, una revolución profunda amenaza con destruir el estilo tradicional de la vida familiar.

En otros tiempos, había que salir de casa para acudir al cine, al teatro, al stadium, al club, o al cabaret. Ahora estos centros de cultura o de diversión se desplazan, por decirlo así, y se instalan en el salón familiar con todo lo que puedan tener de bueno o de menos bueno. Y aquí se plantea un problema para los niños y los adolescentes. Antes, se reservaban para adultos ciertas obras teatrales, ciertas películas, ciertos espectáculos de "vaude-

ville" o de burlesco. No tenían acceso a ellos los jóvenes menores de diez y seis años por lo menos. Aun hoy día nadie toleraría que un adolescente se aventure en un night-club a las 11 de la noche. Pero ahora resulta que, por medio de la televisión, pueden infiltrarse en casa de uno las mismas piezas de teatro, las mismas películas, las mismas canciones frívolas, los mismos bailes que antes sólo los adultos cometían el error de aplaudir. En este caso, ¿cómo impedir que los jóvenes vean y oigan lo que no les conviene?

Admitiría para los adolescentes (no para los niños) películas que difícilmente se les podría permitir presentarse en una sala de cine. Son muy claras las razones que justificarían semejante conducta: la pequeña pantalla del salón familiar no ejerce el mismo influjo de la pantalla grande del cine; la presencia de los padres y el hecho de poder discutir con ellos sobre la película puede ayudar al adolescente a reaccionar sanamente delante de ciertos problemas de la vida. Hecha esta salvedad, es claro que son abiertamente desaconsejables para ellos ciertas películas y ciertas obras teatrales. Es claro, igualmente, que los padres tienen la obligación de evitar los chocs, de consecuencias irreparables muchas veces, a los cuales expone a sus hijos la actual televisión.

Ciertamente esta es una prueba de fuerza de voluntad para los padres. Los que tengan reservas de buen criterio, de inteligencia y de voluntad para formar a sus hijos según normas a la vez humanas y cristianas, probablemente llegarán a puerto y evitarán escollos. Pero hay muchos otros en actitud de una pasividad extrema! Van a la buena de Dios, sin preocuparse de utilizar de la mejor manera posible la televisión, ese maravilloso instrumento de "formación, información y de transformación", según la feliz expresión de Pio XII (discurso de 21 octubre 1955; Cfr. "L'Osservatore Romano", (ed. francesa, 4 nov. 1955). Inercia deplorable y desastrosa para la formación de los jóvenes.

Esta indiferencia de muchos padres explica en parte la actitud bastante pesimista del R. P. Fernique, superior del liceo "Estanislao" en Montreal (1). Según este educador de gran experiencia, la televisión no ha logrado actualmen-

(1) Cfr. "Conferances", Temporada artística 1955-1956, Club musical y literario de Montreal, vol. C-1, p. 11.

te otro objetivo que volver a los muchachos nerviosos y superficiales. El abuso que hacen de ella les impide, en la mayoría de los casos, participar en ejercicios físicos necesarios a su salud. Los anquilosa y los intoxica. Todavía más, "es una escuela de molición y de pereza corporal", según la expresión del R. P. Fernique (loc. cit. p. 16).

En el orden sentimental, los efectos son todavía más deplorables. No se apoya suficientemente sobre la experiencia vivida el conocimiento superficial de la vida que presenta la televisión. Hace del muchacho un espectador que todo lo critica a tontas y a locas, que cree que todo lo sabe y todo lo quiere reformar. No saca de él un colaborador inteligente, dispuesto a trabajar en la oscuridad al servicio de una causa grande. La vista de vestidos femeninos al mismo tiempo costosos y provocativos, la de bailes lascivos o vulgares, la de espectáculos de lucha indecentes y brutales, de escenas pasionales que presentan la vida adulta en la peor de sus horas ¿será capaz de inclinar el corazón de los jóvenes hacia sentimientos generosos y profundos? Esta es la interrogante que debemos plantearnos con alguna inquietud.

Vamos a tener que lanzar contra la televisión, dice el P. Fernique, la grave acusación de que prostituye la sensibilidad de nuestra juventud al proponer a su admiración falsos héroes y falsas heroínas; al presentarle un mundo de ficción, de espejismo y de utopía del que se han desterrado la imperfección y el esfuerzo y en el cual la felicidad se otorga sin trabajo y sin lucha a cambio de algunas cualidades físicas de alto rendimiento visual. (loc. cit. pp. 19-20).

Por último, está amenazado el equilibrio mental del muchacho por el abuso de la televisión. El despliegue de imágenes en la imaginación del adolescente o de su hermanita le ocasiona en su interior una baraúnda indescriptible. Invaden su mundo mental demasiadas nociones y experiencias; en lugar de ser graduadas harmónicamente, al compás del ritmo de la evolución de la vida, se le arrojan en avalancha, sin jerarquía. Si los padres no intervienen para hacerle superar el nivel de las imágenes, puede temerse un debilitamiento notable de su vida interior (ibid. p. 22).

Esta es, en términos generales, la requisitoria del R. P. Fernique. Por cierto es bastante densa. Pero, antes

de querer motejarlo de idealista, será bueno recordar que se trata de un educador que no está haciendo sus primeras armas y que su posición de Superior de una institución escolar es al mismo tiempo una buena torre de observación para seguir a los jóvenes de cerca.

¿Qué conclusión podemos sacar de este primer sondeo? Parece bastante evidente. Que los padres se esfuercen por reaccionar contra su pasividad, que sean bastante enérgicos para fijar la hora de mandar a dormir a los más pequeños, con el objeto de poder llevar a cabo una selección inteligente de las emisiones. De lo contrario, es muy de temer que las observaciones del R. P. Fernique resulten una realidad en la existencia de sus hijos.

Otros educadores se han preocupado igualmente de este problema. El R. P. Réal Lebel, S. J., director de la revista "Ma Paroisse" (Mi Parroquia) y director nacional de la Cruzada Eucarística, realizaba el año pasado una amplia encuesta sobre la televisión. No tenemos la intención de presentar aquí todos los aspectos de ese trabajo; para más detalles remitimos al número de "Ma Paroisse" publicado en 1955. Está dedicado íntegramente a este tema. Sóloamente extractaremos los rasgos más reveladores para nuestra investigación personal.

Prestaron testimonio en esta encuesta 21.035 personas. Esa cifra nos permite afirmar que los autores de la encuesta han reunido un material muy importante, tanto en la ciudad como en el campo, que autoriza llegar a conclusiones válidas. Entre los padres informantes 11.836 han formulado respuestas precisas a los cuestionarios enviados. Según su testimonio sólo permiten las mejores emisiones para sus familiares; consideran la televisión como una oportunidad de expansión y de instrucción; seleccionan habitualmente los programas de sus hijos y declaran que éstos se someten de ordinario a sus decisiones en lo referente a espectáculos reservados para adultos.

Estas respuestas son alentadoras. Pero ¿podríamos concluir que la mayoría de los padres observan la misma conducta? Hay motivos para dudar de ello, si atendemos a las declaraciones de una gran cantidad de muchachos, las cuales señalan que presencian todo programa en la televisión.

Los testimonios de 8.309 alumnos que han respondido a la encuesta demuestran que un 52 por ciento sigue la televisión todos los días. Esto era a comienzos de 1955. Hoy ¿habrá que aumentar más bien el porcentaje o disminuirlo?... Más de la mitad de los declarantes va a retirarse a dormir habitualmente tarde, por estar pendiente de la televisión. Esta indicación es reveladora. Si los padres comienzan a ceder en la hora de retirarse a dormir de sus hijos, hay que despedirse de la disciplina personal del muchacho. Con este hecho entran en juego directamente la hora de levantarse por la mañana, la actividad escolar del comienzo del día siguiente hasta el mediodía y la selección de espectáculos. No se debería permitir a los muchachos el retirarse habitualmente tarde a dormir en el seno de una familia bien organizada. Se objetará: no es fenómeno específico de hoy el que los muchachos se retiren tarde a dormir. Tal vez. Pero es preciso señalar la reacción nerviosa provocada por algunos espectáculos de la noche (por ejemplo, la lucha libre).

Asimismo resulta interesante observar el orden en que se escalonan las preferencias de los jóvenes (de 8 a 15 años) en relación con los programas televisados. Los que se dedican específicamente para jóvenes encuentran popularidad entre los muchachitos de 8 a 10 años. La mayor acogida se polariza en las radio-novelas, en el teatro (o más bien: en los "varietés"), después en los deportes, en los cuestionarios, por fin, en los conciertos.

Los educadores han participado también paralelamente en esta encuesta. Según sus declaraciones, el rendimiento escolar de los alumnos sería inferior en proporción de un 80 por ciento. ¿Hay que echar toda la culpa a la televisión? No es necesario. Pero el retirarse a dormir los alumnos habitualmente tarde, por estar esclavizados a los programas televisados de la noche, es ampliamente responsable del fenómeno.

Los educadores reconocen que la televisión ha suscitado el interés de los alumnos por el teatro y la novela; pero su madurez no parece haberse beneficiado mucho con este hecho. Se han manifestado progresos notables en el campo de las ciencias, de la Historia y de la Geografía. Resultan prácticamente nulos en otros sectores de la enseñanza.

La mayoría de los educadores están convencidos de que la televisión, bien dirigida y controlada, puede servir al

desarrollo del muchacho. Por el contrario, deploran las reacciones producidas por los espectáculos de lucha y por el lenguaje poco cuidadoso de ciertos programas. Se declaran dispuestos a colaborar con los padres en el empeño de enseñar a sus hijos a hacer un mejor uso de la televisión.

En una memoria sometida a la Comisión Fowler sobre la radio y la televisión, la Corporación General de Educadores y Educadoras Católicos de la provincia de Quebec, presenta los resultados de una encuesta llevada a cabo en la ciudad de Quebec y sus alrededores, en abril y mayo de 1956. El cuestionario se concretaba a la temporada de invierno de 1955-1956. Respondieron: 234 titulares de clases y 8.806 escolares de ambos sexos, comprendidos entre 8 a 15 años, desde el 2º año del curso elemental hasta el 12º año del curso superior.

El primer hecho que salta a la vista es que la televisión está extendida por todas partes: el 87 por ciento de los alumnos presencia programas en sus propias casas. Además, prácticamente todos los escolares (80 por ciento) se declaran apasionados por las tele-novelas, que están dedicadas propiamente para adultos. Por el contrario, parece que los espectáculos específicos para muchachos son menos populares en Quebec que en cualquier otra ciudad. Las películas del Oeste en inglés, televisadas por la estación, les hacen la competencia con evidente éxito. La lucha libre y el hockey son muy seguidos, más por el público masculino que por las jovencitas. El estudio de la encuesta permite de igual manera verificar que el gusto varía con las edades. Los mayores tienen más facilidad para escoger los programas que prefieren; los pequeños tienen sin duda los suyos antes de la cena. No se olvide que muchos padres hacen que sus hijos jueguen fuera de casa después de la clase, más tarde les obligan a dedicarse a sus lecciones y tareas. A la noche, toda la familia está reunida para las tele-novelas y los programas de varietés.

Por lo que hace a la hora de retirarse a dormir, más de la mitad de los alumnos están en pie hasta las 9,30 ó 10 de la noche; el 43 por ciento de las niñas menores de 10 años se retira habitualmente a esa hora; el 38 por ciento de los niños sintoniza el tele-teatro del domingo a la noche, que termina a las 11; aproximadamente el 60

por ciento de los muchachitos de 10 a 11 años no va a dormir por lo menos hasta las 10 de la noche, los lunes y los miércoles. Lo que nos da, para la mayoría de ellos, un retirarse tardío los lunes, miércoles, viernes, sábados y domingos. Según eso, una cantidad de padres permite que permanezcan sus hijos delante del aparato, tanto para el teatro y la lucha libre como para el programa policial y los varietés del género de cabaret.

Ahora bien ¿cuáles son las observaciones de los profesores interrogados en la encuesta? De diez de ellos siete afirman que el estudio viene sufriendo desde el advenimiento de la televisión. Menos perjudicado ha resultado el rendimiento en las tareas que requieren imaginación y lenguaje. Más de la mitad de los educadores encuentra a sus alumnos de espíritu más ligero y más superficial. Cerca de las tres cuartas partes se pronuncian en favor de la televisión escolar y la desean, con tal de que queden a salvo los derechos constitucionales en materia de educación. Pero de diez maestros nueve afirman que los espectáculos no adaptados a la edad de sus alumnos los vuelven nerviosos, inestables, menos consecuentes en su comportamiento. Cerca de la mitad cree que la televisión —tal como la siguen los muchachos en la actualidad— destruye el respeto a la autoridad entre los jóvenes. Se fijan en particular en los espectáculos de lucha, que lo condena sin embages el 82 por ciento.

Varios profesores dedican congratulaciones a "Radio-Canadá" por las emisiones destinadas a los niños. Son menos elogiosas para las películas del Oeste que sobreexcitan a los jóvenes. Deploran la ausencia de toda comisión religiosa dedicada a los jóvenes y destacan la inmodestia de ciertos trajes femeninos, particularmente en los es-

pectáculos de varietés. Por último reclaman programas vivos para los adolescentes.

Todos están unánimes en creer que "la televisión desempeñará un papel positivo e importante entre los jóvenes, si hay control de parte de los padres y de los maestros".

(Sigue, en el original, una serie de consideraciones, entresacadas de la memoria aludida y dirigida a los padres y educadores, enraizadas en la más sensata psicología de la educación. Tienen a motivar la actitud operante de aquellos en el caso de la televisión para sus educandos. La omitimos por brevedad.

Entresacamos únicamente, por su significado, estos dos párrafos).

"La familia y la escuela están persuadidas de que ciertas imágenes y ciertas situaciones de la vida adulta tienen que ser ignoradas por los muchachos hasta una edad determinada; el espectáculo repetido de complejidades dudosas de la edad adulta trastorna a la infancia, lleva a peligro de descentrar su criterio y sacude su emotividad... Nos parece inaceptable el que los muchachos puedan captar a granel todo lo que entrega la televisión en la pantalla familiar". (p. 5).

"Los espectáculos de la televisión ejercen influencia innegable en la conducta de los muchachos. Y no siempre saludable, según el testimonio de los profesores; sobreexcitación, fatiga, pobreza de tareas y de lecciones. A la larga denuncian en los alumnos una modalidad de espíritu, una mentalidad standarizada, de gustos y actividades evidentemente en sintonía con el clima y el tono de los espectáculos más populares de la televisión", (pp. 5-6).

("College et Famille", Montreal, 1956).

JEAN-PAUL LABELLE, S. J.

